

COLECCIÓN
acción social



El educador: agente de transformación social

Carlos Díaz

ESCUELA SOLIDARIA

CUADERNO 2

	IDENTIDAD	ESCUELA SOLIDARIA	DESAFÍOS DEL MUNDO DE HOY
1	Martin Gelabert <i>Regenerar la cultura desde el Evangelio</i>		
2		Carlos Díaz <i>El educador: agente de transformación social</i>	
3			Fernando Marhuenda <i>Trabajo y educación</i>
4		Enrique Lluch <i>Gestión fraterna de un centro educativo</i>	
5		María Vicenta Mestre <i>La persona prosocial: procesos psicológicos y prop. educativas</i>	
6			Javier Aguirregabiria <i>Quien trabaja por la paz puede sentirse feliz: es hijo de Dios</i>
7	Joaquín García <i>Escuela solidaria. Espacio popular</i>		
8		Luis A. Aranguren <i>Una escuela abierta al barrio</i>	
9			Grupo Entorno <i>En torno a la educación socioambiental: ecología, desarrollo y solidaridad</i>
10	Jordi Giró i Paris <i>El proyecto humanista del cristianismo</i>		
11		R. García / J. A. Traver / I. Candela <i>Aprendizaje cooperativo</i>	
12			Enric Canet <i>Pobreza y exclusión social</i>
13	Antonio Botana <i>La escuela como proyecto evangélico</i>		
14	Francesc Torralba <i>Pedagogía de la vulnerabilidad</i>		
15			Juan Escámez / Ramón Gil <i>La educación para la ciudadanía</i>
16	Agustín D. Moratalla <i>Educar para una ciudadanía responsable</i>		
17		Javier A. Arroyo <i>Acción responsable</i>	
18			Pedro Sáez <i>Educar en una escuela intercultural</i>
19	María Nieves Tapia <i>Aprendizaje y servicio solidario</i>		
20		Félix García Moriyón <i>Familia y Escuela</i>	
21			Kosé M. Domínguez Prieto <i>Razones para el compromiso</i>

ESCUELA SOLIDARIA

– Cuaderno 2 –

El educador: agente de transformación social

Carlos Díaz

 **COLECCIÓN
acción social**

El educador: agente de transformación social
Carlos Díaz

© Carlos Díaz

© Editorial CCS

© Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icceciberaula.es

Primera edición 2012
Segunda edición 2019

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SUMARIO

1. El libro mismo, clave de lectura del presente texto	7
2. Contenido	9
2.1. La hermosa y difícil tarea de educar	9
2.2. La educación como acogida incondicional	11
2.3. El educador como facilitador	14
2.4. El educador como sujeto educable	16
2.5. El educador como educador que educa	17
2.6. El educador como promotor que respeta	19
2.7. El educador como maestro que (ad)ministra	20
2.8. El educador como generador de conciencia social	26
2.9. El educador como faro de utopía activa	30
3. Propuesta de actividades personales para el educador	33
4. Propuesta de actividades grupales para educadores y educandos. Ocho reglas dialógicas	43
5. Bibliografía sobre el tema	47

1. EL LIBRO MISMO, CLAVE DE LECTURA DEL PRESENTE TEXTO

Estas páginas las escribe un educador hijo de maestros de escuela con treinta años de práctica oficialmente reconocida, a pesar de lo cual siguen siendo las de un principiante que, si bien no ha tirado la toalla, dista mucho de poder presumir de experto.

Como todo lo que en este mundo es importante, también resulta difícil. La educación es el manto de Penélope, tejido y destejido para que alguien pueda llegar a su ítaca algún día; a los mil cansancios y fatigas siguele mil y un reencantamientos y aventuras.

Las páginas que vienen a continuación se entienden por sí solas; mal negocio haríamos si hubiésemos de explicar en el prólogo lo que no estuviese suficientemente claro en el libro mismo.

Aunque siempre desde mi humana mediocridad, he experimentado en la propia vida (escarmentado en cabeza propia también) todo lo que ahora se imprime; este librito está escrito de corazón. Si te sirve de algo, atiéndelo, pues es la voz de la conciencia y **a simultáneo** voz de experiencia: no solo dice lo que sabe, también lo que vive.

Ojalá que las páginas siguientes te sirvan, más que para aprender, para recordar, pues en realidad cada día albergo en mayor medida la convicción de que enseñar es aprender a hacer recordar. Yo ya no pretendo enseñar nada, mi ilusión es la de ayudar a recordar las verdades que cada cual lleva dentro; si no estuvieran ellas desde siempre de alguna manera en nosotros, si no nos fueran connaturales, no podríamos jamás saberlas, es decir, saborearlas, conocerlas, es decir, co-nacerlas.

2. CONTENIDO

2.1. La hermosa y difícil tarea de educar

Cuanto menos valore la sociedad a los maestros, tanto peor cumplirán ellos con su misión.

Desafortunadamente no todos los padres dirán a sus hijos palabras de homenaje al magisterio tan hermosas como estas: «Tu compañero no se queja nunca de su maestro, estoy seguro de que nunca dice: “El maestro estaba de mal humor, estaba impaciente”. Tú lo dices en tono resentido. Piensa en cuántas veces demuestras impaciencia tú con tu padre y con tu madre, con los cuales tu impaciencia es un crimen. ¡Tiene mucha razón tu maestro al ser a veces impaciente! Piensa en los años que hace que lidia con chicos y que, si tuvo muchos cariñosos y agradables, encontró también muchísimos ingratos, que abusaron de su bondad e ignoraron su fatiga; y piensa que, por desgracia, entre todos, ustedes le dan más amarguras que satisfacciones. Piensa que el más santo varón de la tierra, puesto en su lugar, se dejaría dominar a veces por la ira. Y además ¡si supieras cuántas veces el maestro va a dar clases enfermo, sólo porque no tiene una enfermedad bastante grande para dispensarle de la escuela, y está impaciente porque sufre, y siente un gran dolor al ver que ustedes no se dan cuenta o abusan de ello!

Respetar y amar a tu maestro, hijo. Ámalo, porque tu padre lo ama y lo respeta; porque él consagra su vida al bien de tantos muchachos que lo olvidarán; ámalo porque te abre e ilumina la inteligencia y te educa el corazón porque un día, cuando seas hombre, y no estemos ya en el mundo ni él ni yo, su imagen se presentará con frecuencia al lado de la mía y entonces, ya verás, has de recordar ciertas expresiones de dolor y de cansancio de su rostro de hombre de bien, en las que ahora no te fijas, y te causarán pena, incluso pasados treinta años, y te avergonzarás, sentirás tristeza de no haberlo querido mucho, de ha-

berte portado mal con él. Ama a tu maestro, porque pertenece a esa gran familia de cincuenta mil maestros elementales, diseminados por todo el país, que son como los padres intelectuales de los millones de chicos que contigo crecen; los trabajadores mal comprendidos y mal recompensados que preparan para nuestro país un pueblo mejor que el actual.

No estaré satisfecho del cariño que sientes por mí si no lo tienes también a todos los que te hacen el bien, y entre ellos tu maestro es el primero después de tus padres. Ámalo como amarías a un hermano mío; ámalo cuando es justo y cuando te parece que es injusto; ámalo cuando está alegre y afable, y ámalo todavía más cuando le veas triste. Ámalo siempre. Y pronuncia siempre con reverencia este nombre maestro que, después del de padre, es el más noble, el más dulce nombre que pueda dar un hombre a otro hombre».

Hermosas palabras de aliento al maestro, encontradas en la obra de Edmundo de Amias Corazón. Ojalá las profiriese siempre toda la sociedad.

Ahora bien, para que el profesor sea valorado por los demás es preciso que él mismo se estime a sí mismo, ya que nadie da lo que no tiene. En determinadas profesiones y status sociales surge a veces también un sentimiento de victimación. El docente puede ser más proclive a este sentimiento, toda vez que su labor no siempre es bien entendida, valorada y prestigiada por la sociedad. Quien se siente víctima adopta a su vez actitudes victimarías: culpa a los demás, a las circunstancias, renuncia a asumir responsabilidades e, incluso, tiende a separarse del entorno. Es posible que, inconscientemente, proyecte sobre el alumno tal victimismo en forma de desinterés por él.

La inseguridad podría ser también reflejo de un deseo de poder sobre el alumno, asociado a la necesidad de tener todo absolutamente bien controlado. Si preve que algo escapa a su control, tenderá a inhibirlo.

Y todo eso lesiona la autoestima. Por esto es necesario conocerlo y luchar contra ello para contrarrestarlo.

Actividad tan crucial demanda mucha sinceridad. Haríamos bien, pues, en preguntarnos:

- ¿Enseño porque no tengo otra alternativa?
- ¿Enseño sólo para sostener a mi familia?
- ¿Enseño para que así mi país progrese?

- ¿Enseño porque es mi vocación?
- ¿Enseño porque es la actividad mejor que existe?
- ¿Enseño porque me gusta trabajar en lo que sea?
- ¿Enseño porque no sé hacer otra cosa?
- ¿Enseño y colaboro en los cambios educativos de la escuela?
- ¿Enseño y valoro con orgullo mi profesión?
- ¿Predomina en mí la información sobre los valores, o su vivencia?
- ¿Vivo realmente mis valores y lucho por transmitirlos?
- ¿Incluyo mis valores en mi trabajo docente elaborando objetivos axiológicos?
- ¿Podría decir qué valores presento explícita y sistemáticamente a mis alumnos?
- ¿Son congruentes los métodos didácticos que empleo con los valores que propugno?
- ¿Propicio o aprovecho situaciones para vivir los valores con mis alumnos?
- ¿Me preocupo de que mis alumnos también los hagan suyos y los incluyan en sus vidas?
- ¿Tengo indicadores para saber si están asimilando o no los valores propuestos por mí?
- En el informe a los alumnos o a las familias, ¿tengo en cuenta todos los valores, o solo las habilidades académicas?
- ¿Cuáles son las actitudes predominantes en el magisterio nacional?
- ¿Podría escribir una lista (en orden decreciente) de las diez actitudes más importantes del maestro?

2.2. La educación como acogida incondicional

A) Acogida incondicional de docente a discente

El buen educador primero abre su corazón al escolar, y luego (o al mismo tiempo) abre la puerta de la escuela. Sienta primero a los últimos, y los últimos a los primeros. Jamás expulsa de su corazón, y tampoco del aula, al alumno más desagradable. Nunca da por perdido al alumno descarriado, antes al contrario, va a buscarle. No se contenta con agradar a uno y aburrir a noventa y nueve. El mal educador hace todo lo contrario. No es posible enseñar sin acoger incondicionalmente al enseñando. A mayor condicionalidad, peor enseñanza.

Tampoco es posible aprender sin que quien le enseña a uno le respete. Regla de oro del aprendizaje: cuando del respeto se pasa al cariño, la enseñanza mejora. Cuando el respeto desaparece, la enseñanza empeora. Muchas veces lo que se

denomina fracaso escolar no es otra cosa que carencia de cariño o de respeto social y abundancia de desamor privado, cuyo resultado es el fracaso social.

Para aprender bien hay que estar bien comido y ser bien querido; sin ambas condiciones el aprendizaje se aproxima al milagro. Ni siquiera los animales logran un aprendizaje significativo cuando por alguna circunstancia son rechazados.

El niño que acostumbra a oírse llamar y verse tratar como torpe, incapaz o nulo, o como malo y de incorregible conducta, acaba por creerlo, y entonces, una vez que ha asumido que no es más que todo eso, ¿para qué a va esforzarse en estudiar?; ¿para qué intentar enmendarse, si ha terminado asumiendo que lo suyo no tiene enmienda?

Y, sin embargo, en el niño todo es futuro por venir, todo para él ha de ser esperanza. ¿Qué clase de educador sería aquel que en lugar de alentar y fomentar lo bueno sólo recalca lo malo presentándolo como el único futuro posible?

El maestro indigno tiende más de la cuenta al descrédito ajeno. Las mariposas se le vuelven cucarachas, las personas objetos, y las lágrimas le impiden ver el sol. Por eso: da menos tiempo a los alumnos de bajo rendimiento cuando se equivocan; se apresura a ofrecerles la contestación correcta o interroga a otro; critica más a los alumnos torpes que a los brillantes; elogia menos a los alumnos de bajo rendimiento cuando éstos proporcionan la respuesta acertada; se abstiene de elogiar en público a los alumnos de bajo rendimiento, a los que asimismo presta menor atención e interroga menos frecuentemente, exigiéndoles también menos y concediéndoles menos oportunidades de aprender materias nuevas, etc.

Al niño hay que alentarle, ayudarle con toda clase de palabras, estímulos y premios, y jamás desalentarle con hechos, dichos, ni castigos deprimentes. ¿Cómo, pues? Con cariño y con paciencia. Hay libros a medio escribir, recogiendo polvo, en todo el mundo; hay casas medio terminadas en las cuales vive la gente durante toda su vida; hay vidas medio agotadas que se están perdiendo porque alguien abandonó un sueño; y hay, desde luego, no pocos alumnos medio escolarizados a los que faltó la paciencia de un maestro.

Al alumno, en suma, hay que cuidarle como lo hacen las madres: con solicitud y con desvelo, siendo su consuelo para las penas, su defensa contra las agresiones, su aliento en el trabajo. No se enseña la verdad sino por medio del amor, ni se descubre de otro modo que amando. Si en la escuela falta amor, entonces faltará todo. Este principio, tan consabido, muchas veces termina estando de una o de otra forma inédito. No siempre lo mejor sabido es lo más saboreado.

He aquí algunas manifestaciones de los alumnos mismos respecto de lo dicho: «El buen profesor es el que se ocupa de nosotros, el que quiere que sus alumnos aprendan y, como suele decirse, sean algo en la vida. El que se enorgullece de que sus alumnos aprueben. El que tiene un ambiente de confianza y de verdadera amistad en su clase. El que no se cree superior a nosotros porque tenga un título donde ponga: “Licenciado en X”. Aquel para el que somos personas, y no conejos de indias, ni burros a los que se puede tomar el pelo, reírse de ellos y suspenderlos. Con una persona así se puede estudiar a gusto y aprender mucho más que con los otros. Con tal profesorado seríamos portentos en muchas cosas, no solo en una, como ocurre en la actualidad, ya que, para tener un profesor con estas características, debes tener mucha suerte y te puedes considerar afortunado. Una persona con estas características no la encuentras todos los años, aunque debiera ser así» (Silvia).

«Para mí el maestro es aquella persona que convive con el alumnado, que se preocupa por él, que se pone en su lugar, pero guardando cierta separación; es aquel al que le preocupa el sistema de estudios del alumno, el que quiere que aprenda realmente, que se le quede en la cabeza la sabiduría que se le transmite, y el que no quiere que después del examen lo olvide todo. El maestro nos ofrece sus conocimientos y recibe nuestra escasa sabiduría y nuestro afecto. El profesor, por el contrario, a diferencia del maestro, es el que se limita a llegar a clase, a dar la lección, y a irse por donde ha venido, como si no impartiese enseñanzas a personas, sino a robots o máquinas de computar muchos datos. Al maestro te acercas y le quieres, al profesor no. Al maestro le escuchas, al profesor le oyes; al maestro le observas, al profesor solo le ves» (Carmelo).

«Un profesor debe de saber su asignatura, estar en condiciones de explicarla, comprender a sus alumnos, no sólo a los mejores, sino sobre todo a los peores, a los que tienen más problemas; debe procurar enseñar a todos por igual, ayudando al que más lo necesita, sin olvidarse del que necesita menor apoyo. Pero, cuando todas esas cualidades las reúne un buen profesor, entonces se convierte en maestro, ha dejado de ser ese ser abrupto que entra y sale de la vida del alumno a intervalos y sin continuidad, llevándole unas veces con la mano y otras con la correa, o hasta dejándole perderse, para pasar ahora por el contrario a estar atento a su camino, acompañándole y enseñándole sin llevarle de la mano» (Berto).

B) Acogida incondicional de docente a docente

Se habla mucho de los deberes del docente para con los discípulos. Deberían también tenerse en cuenta los deberes del docente para con sus compañeros. A

todos debe el maestro benevolencia, pero de un modo muy especial a sus compañeros en el magisterio, con quienes ha de convivir y cooperar para la obra de la educación. Prudencia, discreción en el trato, espíritu de diálogo resultan vitales.

El maestro benévolo tiene por sistema querer bien a todos, tratar bien a todos, hacerles el bien que pueda y evitarles disgustos, molestias, y cualesquiera daños en sus bienes, en su fama y en su moral. La lealtad es un atributo imprescindible, que no debe confundirse con el espíritu de cuerpo, si por tal se entiende colaboración gremial para realizar actos inmorales con impunidad profesional.

Nada, pues, de murmurar, censurar, envidiar al compañero; ni siquiera subrayar los hechos negativos aunque sean verdaderos, tal y como se postula en la escuela oriental, sino por el contrario disimular y disculpar las faltas ajenas aunque el favorecido sea ingrato y pague con falsa moneda. Si no nos comportamos así nosotros, tampoco podremos enseñar a que nadie se comporte así.

Por infrecuente que sea, aplaudir al compañero o a la gente que trabaja, alegrarse de sus éxitos y aprender de ellos es lo mínimo que cabe esperar de un maestro que se precie. No aceptar el magisterio de quienes son maestros de maestros significa entrar en la dinámica del resentimiento.

Y una comunidad escolar donde los docentes no se alientan entre sí no podrá progresar ella misma, o sus miembros más prominentes se desvincularán de la institución, viviendo tan a espaldas de la misma como a la inversa la institución respecto de ellos. De este modo no se logra la sinergia necesaria para gozar del estímulo de pertenecer a un colectivo valioso.

2.3. El educador como facilitador

A) Claridad

La acogida al escolar resulta tan necesaria como insuficiente: unos padres buenos educan, pero (a menos que también sean maestros) no son educadores en el mismo sentido en que lo es un maestro. Este último ha de poseer ciertas capacidades, habilidades o aptitudes. El maestro no puede ser una mamá lúdica, sino un adulto que enseña deleitando lo más posible, evitando al máximo un sufrimiento ajeno que puede conducir al abandono cuando la carga es demasiada.

Casi todo lo que se sabe puede enseñarse, poco a poco, progresivamente, según la dificultad intrínseca de las cosas. Lo intolerable es ese maestro que presume

de profundidad sin ser capaz de hacerse entender por sus alumnos: «Si seré profundo —enfatisa—, que no hay nadie capaz de ponerse a mi altura». Más bien ocurre lo contrario, que quien sabe mal enseña oscuro, pues nadie da lo que no tiene. Mas, si sabe pero no logra expresarse bien, entonces debería pasar por la humilde escuela de la didáctica cual niño pequeño.

¿A qué desesperar ni aburrir al alumno con imposibles o grandes dificultades?

B) Orden

Nada que esté bien hecho se lleva a término sin orden, de ahí que el orden sea la primera condición de toda obra. El maestro que está llamado a infundir el hábito del orden en sus discípulos necesita primero vivir él mismo una vida ordenada, ya que el desorden en la propia vida se traduce en desorden en los hábitos de conducta, uno de los cuales es el profesional.

Aunque la persona del maestro sea el principal agente del orden, no estará de más el respeto de las reglas de juego, tanto el respeto de las reglas institucionales como el de las personales de cada agente educativo. Un mínimo de lealtad a la institución es necesaria por parte de quienes trabajan en ella, aunque no trabajen para ella. De lo contrario el desorden recaerá sobre el alumno, que ante esa dualidad no sabrá a qué orden atenerse, si al demandado por la institución, o al propiciado por el agente educativo.

Y, junto con todo lo anterior, que mande asimismo el reloj. Sin el reloj no habrá personas de ley, ni hábito de disciplina.

Desarrollar personalidades ordenadas exige que el maestro tenga un plan bien meditado de lo que haya de enseñar y un buen método pedagógico para desarrollar a un tiempo la mente del alumno y el contenido de la enseñanza. Aunque la preparación remota del maestro sea sólida, no debería olvidar los detalles de la preparación inmediata. Forme, pues, un esquema de lo que se propone enseñar, divídalo en partes y éstas en lecciones y, procediendo siempre de lo menos a lo más, de lo poseído a lo que se desea, marche por caminos que le sean familiares hasta llegar a dominar toda la materia planeada y proyectada.

Del mismo modo, respecto de lo que el alumno alcance, no le recargaremos tanto que no pueda digerirlo. ¿Para qué sirve a la inteligencia lo que le indigesta? ¿Y dónde hay cosa más lastimosa que una inteligencia agotada? Por lo demás, quien mucho abarca poco aprieta.

C) Sobriedad

Tampoco almacenaremos muchas ideas en cabezas ajenas. La cabeza no es un almacén, sino un lugar que debería estar bien amueblado, libre de lo accesorio para encontrar lo esencial. Ayudar a formar una cabeza bien hecha es mejor que buscar una cabeza bien llena. Pocas y buenas y bien digeridas ideas aprovechan más que muchas, demasiado amontonadas, y confusas.

Junto a lo anterior, no dejar lo necesario por lo superfluo, ni lo útil por lo meramente ornativo. La enseñanza no es pedantería ni erudición. Enseñar es enseñar para la vida: alguna vez hay que aterrizar lo enseñado, no se puede estar sobrevolando el aeropuerto sin aterrizar, porque el combustible se acaba. Enseñar no es lanzar una cometa al aire para que se mantenga siempre arriba, sino traer pasajeros para llevarlos a mejores puertos.

Enseñar es tener hijos con la realidad, y no con la mera bibliografía. Bibliografía que no sirve para cambiar el mundo no es sino erudición. Se conoce a un erudito fundamentalmente por dos cosas: por su voracidad para labrarse un currículum vitae egocéntrico, y por su simultánea incapacidad para responder a las llamadas de la vida ayudando a quienes le necesiten.

2.4. El educador como sujeto educable

La escuela la hace el maestro; y al maestro ¿quién le hace? Ante todo, es él mismo quien debe atender a sí mismo, a su formación, conservación y progreso, pues de otra forma será cada vez menos maestro. Maestro, no olvides esto: atiende a ti mismo. Tú eres el eje de la escuela y como sin eje el carro no marcha, antes que a los demás atiende a ti: fórmate, conserva lo bien adquirido y pon al día lo no aprendido antes.

El maestro que se precia de serlo, y no solo de parecerlo, siempre estudia. Con cierta frecuencia se olvida que el maestro también olvida, y que lo que aprendió se vuelve obsoleto al cabo de unos pocos años. Si, por las circunstancias que fueren (económicas, personales, sociales, etcétera), no se recicla, estará engañando al alumno.

Y con frecuencia también se engañará a sí mismo respecto de la excelencia de su docencia, pues no hay nada más (auto)engañoso que una ignorancia que lo es respecto de sí mismo.

La instrucción que quiera ser profunda y no detenerse en la superficie de las cosas exige estudio. El saber no ocupa espacio, pero requiere tiempo. A mayor dedicación al estudio, mejor servicio. Una sociedad donde los maestros no estudian está condenada ella misma a no salir airoso en la prueba de selectividad de la vida.

¿Cómo se explica que pueblos donde el atraso social predomina tengan maestros incapaces de proponer soluciones correctoras a los males de su pueblo? Por muchos motivos, pero especialmente por uno: porque, aunque quisieran ayudar a salir del atraso, ellos mismos no sabrían qué proponer para ello. Han estudiado poco, no han transpirado lo suficiente.

¿Y en los países ricos, cómo se explica el mantenimiento de la injusticia y sobre todo el apego al dinero como aspiración suprema? Porque aquí las horas de estudio y la abundancia de medios tampoco se ponen al servicio de la verdad, sino de la erudición. A los ricos no les duele la injusticia porque no la conocen, y por tanto ignoran cómo corregirla.

No vemos contradicción en que la misma persona del educador pueda ser a la vez educable. Lo impensable sería lo contrario. En efecto, el buen educador, el que sabe, sabe también que no sabe, y en lugar de defender su propio orgullo ignorante acoge como un regalo el don de la enseñanza del otro, venga de donde viniere; muchas veces esa enseñanza viene del propio alumno, pues para ningún educador con oficio resulta un secreto que se aprende enseñando.

He aquí, pues, que no basta con encaramarse a una tarima para impartir doctrina, pues nadie da lo que no tiene, y entre el maestro y el alumno se establece la secreta complicidad del seguir buscando juntos. Esto puede parecer trivial, pero pocos maestros lo recuerdan a la hora de la verdad. Lo que encontramos es gran cantidad de maestros que se creen sabios y que producen alumnos tontos precisamente por eso.

2.5. El educador como educador que educa

El oficio de maestro es ser formador de personas buenas, cambiadas por dentro, habitadas por hábitos de virtud. Cambiadas hacia la virtud, pero sin perder el respeto al educando.

Esto tiene un nombre: educar. Quien está en desarrollo necesita una ayuda. A esta ayuda la llamamos educación. La persona precisa de esta ayuda durante toda la vida, dado que siempre se encuentra en proceso.

Ahora bien, para educar hay que tener en cuenta la herencia genética, tal y como lo muestra el término educere: educir, desarrollar todas las facultades, actualizar consciente y libremente las capacidades de perfeccionamiento de cada ser, sacar algo ya potencialmente existente en el interior del educando, con el consiguiente protagonismo de él mismo, que deja en segundo plano al educador.

Pero también hay que tener en cuenta el medio socioeducativo en que vivimos, como lo muestra el término educare: nutrir, alimentar, criar, actividad encaminada desde fuera a enriquecer al educando, matiz activo del educador frente al más pasivo del educando.

Sigue abierta, y es cuestión arduamente disputada aún por ambientalistas y por genetistas, la eventual preponderancia del influjo exterior sobre el interior, o a la inversa; de lo que no cabe duda es de que ambos influjos tienen su importancia, pues si las leyes de la educación tienen por fundamento la naturaleza del educando, a la naturaleza de éste no se la vence sino obedeciéndola, y de ese modo el maestro que quiera educar necesitará estudiar todo eso.

De cualquier modo, la naturaleza sin instrucción es ciega, la instrucción sin naturaleza es vacía, y la enseñanza sin la complementariedad de las dos es nula. Si educar es conducir a la persona en desarrollo hacia lo que todavía no es, eso solo puede hacerse desde lo que ella es ya; por tanto, educar es ayudar al otro a que se encuentre consigo mismo. Pero llegar a ser uno mismo no quedándose encerrado en sí mismo, sino saliendo de sí, accediendo a lo que no se es; por eso educar no es sólo ayudar a actualizar las potencialidades naturales, sino también a encontrarse con lo que le sale al encuentro desde el mundo en toda su amplitud, a domeñar lo adverso seleccionándolo y corrigiéndolo rectamente.

El educador comprueba lo que ya existe, y también adivina lo que todavía no es más que una posibilidad. Confiere al educando seguridad en cada una de las fases de su vida para que haga realidad el sentido de la misma, pero a la vez le ayuda a apostar por el futuro. Procura que la persona en desarrollo tenga confianza en sí misma, y también que esté dispuesta a seguir los consejos de quien va por delante de ella.

Educación es, pues, conducir a alguien haciendo que de él salga algo que ya duerme en él. El mismo individuo es a la vez educador y educando. El educador no está para hacer del educando un imitador (lo cual constituiría un grave despropósito), sino para hacer del educando un ser capaz de despertar hacia lo alto. Es educa-

dor verdadero el maestro que logra ayudar a que el alumno forje la personalidad y el carácter, a fin de que cuando se abra una escuela se cierre un presidio.

Se trata de formar personas sanas, inteligentes y honradas, de formar hábitos, de generar costumbres, de configurar caracteres nobles y dignos. Educar a la persona es perfeccionarla según todo su ser, físico e intelectual, moral y religioso, individual y social. Educar es cultivar personas, ejercitar sus fuerzas, desarrollar sus facultades, afirmar sus capacidades, rectificar sus errores y corregir sus faltas; es orientar, embellecer, adornar y pulimentar las almas de individuos y de sociedades.

Educar es sacar a la persona, o llevarla, en cuanto sea posible, de la debilidad a la firmeza, de la endeblez a la salud, de la ignorancia al saber, de la ruindad a la dignidad, de la inercia a la actividad, de la acción irreflexiva a la acción bien orientada, pensada, consciente, de la impotencia al poder, del yugo y de la esclavitud de sí misma y de sus pasiones y desafueros al dominio de sí misma.

Y, siendo la educación un cultivo, depende de la semilla y de la tierra, de la humedad y de la temperatura, pero también de la mano que la cultiva.

2.6. El educador como promotor que respeta

Todo alumno, especialmente cuando niño, es creativo. El niño lo es más, por su condición de encrucijada entre la realidad y la fantasía o pensamiento divergente, que el adulto menos creativo (convergente) tiende a reprimir. Sin embargo, el verdadero maestro anima los procedimientos que el alumno asume, y los pone de relieve.

Ante la aparición de nuevas habilidades cognitivas y de nuevos esquemas mentales cargados de valor, ayuda al educando a realizar construcciones axiológicas personalizadas, para que el educando tome postura en libertad razonada.

Asimismo, ayuda a configurar personalidades objetivas, flexibles y críticas, capaces de adaptabilidad y a la vez de creatividad, de respeto y de tolerancia, pero también de discrepancia en libertad; en una palabra, personas seguras y optimistas, en la medida en que la percepción de la realidad resulta más asequible a las propias posibilidades.

Comprende lo que promueve y lo que piensa y siente el alumno, pues tan importante como preguntar por lo que éste piensa es preguntar qué siente, sin que

eso deba entenderse ni como falta de exigencia, ni como un saqueo a la intimidad del propio alumno.

Las deliberaciones en el aula van configurando un sentido de la perspectiva, un esquema general de comportamiento. Si hay dudas, el maestro presenta alternativas.

Los miembros del grupo son libres para elegir compañeros y para repartirse las tareas.

El maestro procura ser objetivo a la hora de la alabanza y de la crítica, poniendo a cada cual en su lugar.

Busca con-vencer, más que vencer. Evalúa las soluciones viendo en qué sentido son válidas para cada uno, eliminando lo insatisfactorio para ambas partes. Propone soluciones alternativas. No dice siempre «No», se deja interpelar. Aplica la solución pactada en la forma acordada. Revisa la solución adoptada.

Deja, por otra parte, de reclamar como un derecho lo que puede pedir como un favor, pues no necesita humillar demostrando una superioridad mal entendida marcando las distancias.

Esta actitud de respeto dista tanto de la actitud autoritaria como de la ultra-permisiva narcisista y paidocéntrica (cuyo lema es “Quiero, dame, cómprame”) centrada en el cliente, donde el alumno se instruye a sí mismo porque supuestamente ya lo sabe todo cuando viene al mundo, y dada al juego (play), al taller y a las manualidades (clay) y a la mal denominada sicomotricidad (way), pues allí sólo se mueven los pies y no la cabeza.

2.7. El educador como maestro que (ad)ministra

Sí lo anterior es correcto, entonces el maestro sirve al alumno, mira hacia él sirviendo (ad ministra). Etimológicamente hablando, magister viene de magis, más, y al título de honra de «maestro» sólo se hace acreedor quien dedica lo mejor de sí mismo a que los demás lleguen a ser «más» de lo que son.

Hacer del amor servicio del buen rector es oficio.

Pero esto es algo que únicamente lo ejerce quien, haciéndose a sí mismo menos (minus), trata de que el otro a su cuidado llegue a ser más, convirtiéndose de ese

modo el maestro en servidor, en «ministro» (minister, minus). Todo el arte es-triba aquí en saber conjugar magisterio y ministerio, enaltecimiento y servicio. Hermoso cariño el de quien enseñándote te impulsa a elevarte para que tú crezcas y desarrolles lo mejor que ahora duerme en ti, ese arpegio potencial de tu arpa llamada a sinfonizar el mundo. El así enseñado se convierte en discípulo (discere).

El así servido lo es sin rigidez, pero con firmeza, con «disciplina», antítesis de esa disciplina que es sometimiento al dictado de cualquier Rasputín canalla que se sirve de su cátedra para hacer clonables similares a sí mismo. No. Nada de hacer del discipulado un limbo de adoradores de los de encima de la tarima.

A) El discípulo hace al maestro por agradecimiento

A pesar de todos los méritos del maestro, solo por reconocimiento agradecido del discípulo queda elevado el maestro a la condición de tal. Por excelente que fuere, nadie se solo puede «merece» el honorable título de maestro. La honra del título de «maestro» sólo puede otorgarla el discípulo; es el discípulo el que hace nacer al maestro; es él quien, al denominarme maestro, me constituye a mí en tal por un acto otorgado de gratitud que emana de él: el reconocimiento del maestro está en el discípulo. Que el otro quiera reconocerme a mí como maestro, a mí —que al final de la jornada no soy a fin de cuentas sino barroso pequeño maestro—, eso es cosa que depende de la exclusiva soberanía del discípulo, y que nadie puede reivindicar ni menos aún exigir. Más aún, no pretenderlo sería la única condición para merecerlo y para poder ser reconocido como tal.

Y si el discente al que hemos ayudado a aupar no nos recibe como maestros, entonces quien se lo pierde es él, el tacaño, el incapaz de agradecimiento, el desagradecido-desagraciado-desgraciado, pues pocas cosas habrá en el mundo menos felicitantes que la de ser incapaz de agradecer.

Mas si el maestro se reconoce en el discípulo y este se reconoce en el maestro, entonces dos se habrán fundido en uno. El colmo de la dicha estará en que el ayer maestro pueda mañana pasar a ser discípulo de su antiguo discípulo. Correlativamente, el mayor placer del ayer discípulo estará en continuar llamando maestro al que —habiéndolo sido ayer— hoy no es sino un discípulo suyo: aquí el viejo orden del rango de la eminencia académica ha dejado paso al rango de la preeminencia que brota de la elegancia, la cual es una exquisita gracia espiritual. Los ojos del maestro ven por los ojos del discípulo que vio por los ojos del maestro. Para eso está la escuela. Solo el incapaz de escuela será

incapaz de creer en milagros y de hacerlos. La escuela está para hacer milagros, sin milagerismo.

B) La fuerza del ejemplo

Si un niño vive hipercriticado, aprenderá a hipercriticar(se):

«¡Qué malo eres, Juanito!» «Siempre te portas mal.» Y Juanito se siente malo. En lugar de evitar su maldad, la hemos potenciado.

¿Por qué no probar con otras frases? «Esta mañana no estás siendo bueno.» «Ahora te estás portando mal.»

Si un niño vive avergonzado, aprenderá a culpabilizar(se):

A exigencias excesivas, reproche permanente y conflicto seguro. Y la culpabilización hará estragos más adelante sobre las cabezas de los demás. Muchos adultos caminan deprisa llevando de la mano a los pequeños, a los que culpabilizan por su lentitud. ¿No se puede acompasar el paso adulto al infantil? Desde luego, el paso infantil al adulto no...

Si un niño vive chantajeado, aprenderá a chantajear(se):

Para enfurecer al niño, o para divertirse con sus reacciones, jugamos al «ahora ya no te quiero, ahora ya sí te quiero». A veces llegamos a la crueldad de llevar las palabras a la práctica con acciones y gestos.

El niño no está capacitado para captar esa ficción, y la toma literalmente; además no posee los mecanismos adultos para superar el desafecto. Es un juego atroz para el pequeño.

Si un niño vive engañado, aprenderá a engañar(se):

Si le digo al niño «No te preocupes, te compro eso mañana», o «No llores, mañana te llevo a tal sitio», sabiendo que no lo voy a llevar, simplemente por salir del paso, estoy defraudando al niño, que irá perdiendo fe en los mayores en quienes confiaba a ciegas, hasta el punto de no aceptar las promesas siguientes, aunque se hagan con sinceridad y se piensen cumplir: pueden sonarle a viejas mentiras y, por tanto, no las tomará en serio. No debemos prometer cosas a la ligera, ni ordenar o exigir lo que no estemos dispuestos a cumplir.

Si un niño ve la mentira, aprenderá a mentir(se):

La mamá coge un taxi con su hijo. El taxista, un varón, lleva un pendiente en su oreja. Al verle, el niño le pregunta: «¿Tú eres marica?». El taxista se

ríe y le dice: «No, ¿por qué?». «¡Porque llevas un pendiente!» La madre interviene: «El niño repite lo que oye a su abuelo». «Pues papá también dice que los hombres con pendientes son todos maricas».

«Dile que no estoy», ruega el adulto al niño cuando recibe una llamada de teléfono inoportuna, mientras el niño sabe que ese adulto falta a la verdad; «No vi el semáforo», asegura el conductor al agente de tráfico ante el niño que se da cuenta de la mentira. El niño está aprendiendo a mentir.

Si un niño vive amenazado, aprenderá a amenazar(se):

Si le digo a un niño «Como no te portes bien le daré el balón a tu hermano», terminaré haciendo de mis relaciones un peligroso juego de tensiones y chantajes, destruyendo la necesaria confianza e incondicionalidad. Las amenazas generan en los niños inseguridad, desconfianza, desmotivación, desilusión. ¿Imaginan ustedes qué cara se le queda a un niño cuando entre amenazas le decimos gritando: «¡No hay que decir las cosas gritando!»?

Si un niño crece abandonado, aprenderá a abandonarse):

Se abandona tanto más a un niño cuanto menos tiempo se está con él. ¡Cuántos hijos para algunos ratos tan solo! ¡Cuántos padres de foto! ¡Cuántos padres que ven a sus hijos tan solo los fines de semana, si es que los ven!

El niño, mientras, aún despierto, espera que «quizá papá llegue pronto». Niño abandonado, padre abandonador.

Si un niño está mal aconsejado, aprenderá a aconsejar(se) mal:

Quien aconseja «Pues tú no te dejes, no seas tonto; si alguien te pega, pégale tú más», está educando muy mal. Debería aconsejar: «Dile que no te pegue porque te hace daño, y que es más bonito jugar y ser amigos. Y si no te hace caso, márchate y busca al profesor».

Y ojalá que el profesor no vuelva a decirle: «Pues tú no te dejes, no seas tonto; si alguien te pega, pégale tú más».

Si un niño cultiva el egoísmo, aprenderá a cultivar(se) en el egoísmo:

Cuando a un niño se le lanza el consejo «Tú no le prestes a él tu libro», se está fomentando el egoísmo infantil, pues compartir es algo que a los niños les cuesta mucho.

Pero si un niño...

Si un niño vive amado, aprenderá a amar(se):

El amor y la protección a un niño deben ser incondicionales, nunca sujetas a duda. El niño debe saber que se le quiere siempre. También, por supuesto, cuando se le regaña. Cuando se le regaña es por su bien, y así debemos hacérselo entender.

Si un niño vive cuidado, aprenderá a cuidar(se):

Cuidar no es imponer un corsé de hierro, no es desplegar una rigidez excesiva, agobiar, atosigar. Cuidar no es poseer.

Cuidar es soportar todos los desvelos al principio para que al final se pueda gozar de autonomía y de libertad.

Si un niño vive acogido, aprenderá a acoger(se):

Acogida no significa permisividad absoluta: «Que haga lo que quiera, pero que me deje en paz»; «Que haga lo que quiera, porque a mí mis padres no me permitieron nada»; «Que haga lo que quiera, que para eso es la democracia»; «Todos hemos sido niños»; «Son niños y no hay que darle importancia»; «Déjales que sean felices», etc. Permitir a los niños salirse siempre con la suya puede llevarles a no sentir ninguna responsabilidad por sus actos. Por el contrario, cuanto más claros tengan los límites desde niños, menos problemas padecerán después.

Acoger es partir de lo que el niño es, potenciando lo mejor y corrigiendo con cariño lo peor cuando llega el momento: mañana es tarde. La posición «cuando sea mayor ya habrá tiempo de ponerle límites al niño» es falsa. Esperar a que el niño haya comprendido la importancia de la disciplina para someterse a ella constituye una equivocación, pues cuanto mayores son los niños, tanto más complicado resulta poner límites a sus desafueros.

Si un niño vive educado, aprenderá a educar(se):

Si con un niño utilizamos buenos modales, si solicitamos permiso antes de hacer cosas, si respetamos su intimidad, si le escuchamos con atención, entonces al final también él utilizará buenos modales, solicitará permiso...

Si un niño vive la justicia, aprenderá a ajustar(se):

Para que un niño sea justo ha de vernos practicar alegremente la equidad con amigos, con vecinos, y con extraños. La fuerza del ejemplo es primordial para educar en valores. ¡No vaya a pasarnos lo que a aquel autor

de una Guía para peatones, que resultó atropellado el mismo día en que salió el libro!

El educador no influye por las cosas que dice, sino por lo que él mismo es y hace. Esto es lo que crea el ambiente, y lo que el niño —que todavía no reflexiona o reflexiona muy poco— capta sobre todo es el ambiente. Puede decirse que lo primero que influye es el ser del educador; lo segundo, lo que él hace; y lo tercero, lo que dice. Por consiguiente, el ethos de esta tarea es extraordinariamente exigente. Un ejemplo, el del señor Mansueto:

El señor Mansueto era fundamentalmente un idealista. Formado en humanidades, con el rigor del seminario antiguo, en contabilidad, en derecho por correspondencia (en aquel tiempo había cosas semejantes) y en no sé cuántas cosas más, ese hombre delgado, escuálido, pero de una elegancia agreste, con su bella cabeza inteligente, abandonó todo para enseñar en la selva y liberar de la ignorancia y de la negligencia a los primeros colonos del interior catarinense. Para nosotros fue siempre un misterio: en un mundo sin cultura alguna, él poseía una biblioteca de cerca de dos mil libros que prestaba a todo el mundo, obligando a los colonos y a sus hijos a leer; estudiaba los clásicos latinos en la lengua original, se entretenía con algunos pensadores como Spinoza, Hegel y Darwin y citaba al ‘Correio do Povo’ de Porto Alegre. Tenía clases por la mañana y por la tarde. Por la noche enseñaba a los más ancianos. Junto a esto, mantenía clases para los más inteligentes, dándoles un curso de contabilidad. Formó un círculo con el que discutía de cultura y de política. Los grandes problemas sociales y metafísicos preocupaban el alma inquieta de este pensador anónimo de una insignificante villa del interior. Este hombre era profesor de enseñanza primaria.

Cuando se comercializó la radio adquiría aparatos y obligaba a todos los colonos a comprarlos. Los montaba él mismo con el fin de abrir sus mentes a los vastos horizontes del mundo. Con los que se mostraban reacios empleaba siempre un procedimiento eficaz: colocaba una radio en lo alto de un tronco enfrente de la casa. La ataba allí, y se iba. Cuando se democratizó la penicilina, él fue quien salvó la vida de docenas de personas.

Murió pronto, de cansancio y agotamiento debido a los trabajos que hacía en función de todos y de su numerosa familia... Lector amigo: si algún día pasas por una ciudad, pequeña pero sonriente como el nombre que lleva, Concordia, y visitas el cementerio, fíjate bien: si reparas en un túmulo con un bello dístico, con flores siempre frescas y ya con algunos exvotos junto a la gran cruz, a la izquierda, es el del profesor Mansueto. Él vive todavía en la memoria de aquellas gentes.

El mejor bien que podemos hacer a otro es regalarle nuestro buen ejemplo. Y a tal efecto nosotros los educadores menos que nadie deberíamos olvidar que se aprende lo que se ve, y que el alumno no sólo ve lo visible, sino también muchas veces lo que parece invisible, en la línea de aquel Paracelso, para quien «la filosofía es la naturaleza invisible, y la naturaleza la filosofía visible». Si vive entre gentes superficiales, todo le dará más o menos igual. Si vive con gentes meramente exteriores como Aristipo, la banalidad surcará su frente todos los días de su vida.

Pero si vive entre gentes como Diógenes, capaces de mirar profundamente el relevo de las apariencias, habrá encontrado una escuela donde merezca la pena detenerse. Estaba el filósofo Diógenes cenando lentejas cuando le vio el filósofo Aristipo, que vivía confortablemente a base de adular al rey. Y le dijo Aristipo: «Si aprendieras a ser sumiso al rey, no tendrías que comer esa basura de lentejas». A lo que replicó Diógenes: «Si hubieras tú aprendido a comer lentejas, no tendrías que adular al rey».

2.8. El educador como generador de conciencia social

Si los educandos carecen de voz, ¿qué otra cosa podría ser el educador, sino la voz de los sin voz? ¿Cómo podría olvidar el educador que él y sus educandos forman parte de un colectivo universal, la humanidad, y dentro de ella de un colectivo general, la comunidad nacional, y dentro de ella de un colectivo particular, la familia y los grupos con que nos relacionamos?

La educación está siempre dentro, dentro y no fuera del contexto humano. Por eso todo pensamiento, palabra y obra u omisión son globales. Un pensamiento no es global porque desde fuera alguien con poder inoctrine a los demás sustituyendo la voz de todos por la voz de su amo, pues eso sería la antítesis de lo global, que sólo puede ser tal si es participativo y no mimético.

A) Se hace camino al andar

El educador no puede ser un telecentauro, mitad mesa, mitad sermón a distancia, sino un promotor cercano de utopías activas, las cuales solo pueden enseñarse desde la actividad. Hay que moverse, pues no basta con la declaración de principios. Mamerto Menapace cuenta este diálogo entre un joven ingeniero agrónomo que ha comprado unas hectáreas de tierra y un criollo que vivía al lado de su rancho:

–¿Ha visto, don Laureano, mi campito? Yo le quería preguntar qué opina sobre la posibilidad de que este terreno me dé algodón.

–¿Algodón, dijo, patroncito? No, mire, no creo que este campo le pueda dar algodón. Fíjese, no. Los años que yo vivo aquí, y nunca vi que este campo diera algodón.

–¿Y maíz?, ¿usted cree que me puede dar maíz?

–¿Maíz, dijo, patroncito? No, mire. Por lo que yo sé este campito lo que le puede dar es algo de pasto, un poco de leña, sombra para las vacas, y con suerte alguna frutita de monte.

–¿Y soja, don Laureano?

–¿Soja dijo, patroncito? Mire, yo no creo que este campito le pueda dar soja. Ya le digo: lo que le puede dar es algo de pasto, un poco de leña, sombra para las vacas y quizá con suerte alguna frutita de monte.

–Bueno, don Laureano, yo le agradezco todo lo que usted me ha dicho. Pero lo mismo me gustaría hacer una prueba. Voy a sembrar algodón en el campito, y vamos a ver lo que resulta.

–Bueno, patroncito, bueno. Si usted siembra, si usted siembra es otra cosa.

No se trata de hacer por hacer. No tenemos en nuestras manos la solución a los problemas del mundo, pero ante los problemas del mundo tenemos nuestras manos. Hay mucho que hacer esta mañana, porque el día después es ya tarde. Esto dice J. L. Borges en su obra Instantes: «Si pudiera vivir nuevamente mi vida, en la próxima trataría de cometer más errores. No intentaría ser tan perfecto, me relajaría más. Sería más tonto de lo que he sido, tomaría muy pocas cosas con seriedad. Sería menos higiénico. Correría más riesgos, haría más viajes, contemplaría más atardeceres, subiría más montañas, nadaría más ríos. Iría a más lugares a donde nunca he ido, comería más helados y menos habas, tendría más problemas reales y menos imaginarios. Yo fui una de esas personas que vivió sensata y prolíficamente cada minuto de su vida; claro que tuve minutos de alegría. Pero si pudiera volver atrás trataría de tener solamente buenos momentos. Por si no lo saben, de eso está hecha la vida, solo de momentos; no te pierdas el ahora. Yo era uno de esos que nunca iban a ninguna parte sin un termómetro, una bolsa de agua caliente, un paraguas y un paracaídas; si pudiera volver a vivir, viajaría más liviano. Si pudiera volver a vivir comenzaría a andar descalzo a principios de primavera y seguiría así hasta concluir el otoño. Daría más vueltas en calesín, contemplaría más amaneceres y jugaría con más niños, si tuviera otra vez la vida por delante. Pero ya ven, tengo ochenta y cinco años y sé que me estoy muriendo».

B) Hacen camino los educadores jóvenes de espíritu

Educar es siempre educar para jóvenes, y por ende no tan difícil. Como dice García Fajardo, a la gente cuando le pides poco no da nada, cuando le pides mucho puede darte todo. Si grande es hacer el bien, quizá lo sea todavía más ayudar a que otros lo hagan:

Muchas personas de buena voluntad, y que quisieran hacer algo por los demás, se sienten cohibidas porque no se creen capaces de hacerlo. Por desgracia, durante muchos años nos han presentado como héroes o como santos a aquellas personas que hicieron de su vida un servicio en la entrega a los que sufrían. En realidad, son personas como nosotros que supieron descubrir a tiempo que se enriquece más el que da que el que recibe y que, cuando uno se atreve a servir, las cosas se desarrollan con toda naturalidad.

Uno no sabe de lo que es capaz hasta que se pone a hacerlo. De repente, descubre que ha estado perdiendo un tiempo lastimosamente, que se agobiaba por aparentes problemas que pierden su virulencia ante las auténticas desgracias que uno descubre cuando se asoma a los umbrales de la marginación y de la desesperanza. Y uno se pasma de haber estado pasando tantos años junto al dolor y junto a la soledad de los que estaban ahí, a la vuelta de la esquina.

No es preciso ni tan siquiera ser bueno para empezar a hacer cosas buenas. Aviados estaríamos. Nunca comenzaríamos. Lo que importa es echarse a andar. Mirar a nuestro alrededor: unos ancianos que están solos, algún enfermo terminal, alguna familia con algún problema angustiante, alguien que necesita un pequeño servicio. Quizás haya una residencia de ancianos cerca de su casa. Pregunte qué día y qué hora son las mejores para visitarlos.

A veces nos reciben con un cierto desconcierto que parece hostilidad. No hay tal. Es sorpresa y timidez. No están acostumbrados. Vuelva a la otra semana y a la otra. Verá cómo le esperan. Es una emoción y una experiencia inexpresables. Es preciso ser prudentes, pacientes, no hacer preguntas innecesarias. Sobre todo, saber escuchar. No intentar cambiar nada ni arreglar nada. Basta con que se sientan acompañados y queridos, sin más... Es preciso abrirse al sufrimiento de los demás, a sus necesidades, a sus alegrías que pueden no coincidir con las nuestras, a sus realidades más verdaderas, suspendiendo el juicio, callando la crítica frívola o el comentario imprudente. Es preciso aprender a amar a los demás sin condiciones ni prejuicios, gratuitamente con amor de amistad y sin esperar nada a cambio, sino la emoción de verse realizado en un proyecto creativo en el que reconoceremos lo mejor de nosotros mismos.

A uno le gustaría ver multiplicados sus esfuerzos, la eficacia de su labor, el efecto de su entrega. Y esto solo se consigue sembrando ilusiones y esperanzas, abriendo a los demás a horizontes inmensos en los que va urdida la savia nuestra. Con Rilke es bueno recordar que nada extraño puede acontecernos fuera de lo que nos pertenece desde largo tiempo. El drama es no saberlo y pasar de largo cuando tantas cosas y vidas pueden depender de un momento de atención y de una actitud inteligente. Emocionadamente inteligente.

C) Los educadores jóvenes de espíritu no echan cuentas de lo que siembran

Educador: tú siembra, y no eches cuentas. Siembra sin esperar la cosecha. Solo quien siembra poco espera demasiado y desespera mucho. La primera cosecha está ya en el hecho mismo de la siembra. Una parte irá a parar a tierra mala, otra se la comerán los pájaros, pero otra caerá en tierra buena y dará abundante fruto, terminará saliendo. Y como no se puede sembrar y cosechar a la vez, lo importante ahora está en abrir el surco. Surco a surco, verso a verso, abriendo caminos al futuro. Siembra derecha con surcos torcidos, desde luego.

Si, en el caso límite, los educadores estuvieran seguros del no-futuro, seguirían sembrando, pues sembrar es lo que saben hacer, y sin obligar a nadie invitan a que les acompañen; si muere sembrando, la muerte de ese sembrador será ya la primera cosecha.

Aun reconociendo la fuerza del pasado, éste debe ser un trampolín, no una hamaca. La humanidad cambia muy despacio, pero con tiempo y con paciencia la hoja de la morera se convierte en vestido de seda. Cuando hayas envejecido a pie de ruta, hermano, entonces sí, entonces habrás llegado, porque la meta está al final del viaje. He aquí la prueba para verificar si tu misión en la tierra ha concluido: si estás vivo, no ha concluido aún.

No son pocos los que antes de comenzar se preguntan con gran aparato de retórica: ¿cuánto me faltaría aún en el supuesto hipotético de que yo quisiera arriar mi hombro a la causa de los humildes? Ponen así ellos la venda antes de la herida, y pasan a justificar acto seguido con dilatadas retóricas la inacción que tanto estaban deseando. De tal guisa se usan miles de posibles buenas razones para una sola mala causa.

El utilitarismo, tan inútil, ignora que los educadores de carácter, sabedores de sus propias fragilidades, sencillos seres humanos, prefieren no echar cuentas,

así que para no desanimarse ellos mismos, para no venirse abajo, no especulan demasiado, sabiendo que a cada día le basta su afán.

Contribuciones históricas no se hubieran llevado a efecto de haberse evaluado de forma pormenorizada a priori los costos o las dificultades relativas al éxito. A jornadas enteras renunciarías si le echaras un pulso al entorno. Pero entonces, en lugar de sumar, restar, multiplicar o dividir, el educador convencido, con su pequeña debilidad, trabaja sencillamente hasta donde cree que puede, porque no todos podemos por igual; los mejores educadores son los más conscientes de que al final de la jornada serán siervos inútiles. Basta con haber intentado hacer lo que había que hacer, lo cual no siempre coincide con lo que se hubiera querido hacer.

Si quieres evitar el fracaso procura asimismo evitar la contabilidad del triunfo. La grandeza de un ideal se mide por la capacidad de luchar por él, alcanzarlo es solamente una recompensa. Obra de tal modo que no tengas que arrepentir-te, en aquella hora, de haber amado demasiado poco.

La dificultad sube de tono corriente arriba, contra viento y marea, cuando el educador rema contra el espíritu de la época y los ídolos del tiempo. El sufrimiento sella la posición y del educador que dice valientemente las verdades del barquero, precisamente aquellas que más irritan. «Lautaro era una flecha delgada/Se hizo velocidad, luz repentina/Se hizo cristal de transparencia dura. Estudió para viento huracanado. Solo entonces fue digno de su pueblo» (Pablo Neruda).

2.9. El educador como faro de utopía activa

A) Las vanguardias educativas proféticas

Ánimo, educadores, no estamos solos, tres vanguardias compañeras nos preceden en el voceo de los siglos cuando hablamos de una educación que anuncia el bien denunciando el mal, y a ellas hay que mirar para cantar alto la maravilla de la palabra que proclama el rayar de un nuevo día, aunque sea de noche:

- » La inconmensurable vanguardia de los victimados, el mundo del dolor que grita con desgarradora voz su palabra descomunal (también con frecuencia en profundo silencio cuando se le han acabado todas las frases) desde el interior mismo de su grande y complejo sufrimiento.

- » La invisible vanguardia de los místicos y de los orantes cuya vida, desde el alba hasta el ocaso, en la escarcha del invierno y en el tórrido sol de agosto, se alza como ofertorio educativo por el bien de la entera humanidad.
- » La interminable vanguardia de los soñadores que, a través del pensamiento, del arte, de la creatividad sin reconocimiento ni medallas ni subvenciones ni sillones ni gremios se esfuerza por ofrecer a la humanidad modelos realmente alternativos frente al dolor rabioso en que se debate la civilización coetánea.

Miles de utopías de pequeños colectivos forman el Gran Arco polilobulado de Pedatopía. Si articulamos una sinergia de microutopías educativas desde abajo haremos que el sol salga más temprano para nosotros, aunque haya nubes.

B) La Nueva Florencia educativa no es la Európolis Mercacomunera

He aquí, en resumen, un pequeño manifiesto para educadores.

En primer lugar, como educadores no deseamos *Európolis* o *Plutópolis* adinerada y regida por un inglés chatarra que sólo sirve para euromercadear, sino una ciudad cosmopolita o *cosmópolis* en cuyo interior los educadores tengan su *Neópolis* (y los educadores cristianos su *Christianópolis* dentro de ella) hablada en la *lingua franca* del «lo tenían todo en común».

En segundo lugar, nuestra actitud educativa es la misma de la clásica carta a Diogneto: habitar toda patria como tierra extraña y toda tierra extraña como patria, ser niños sin dejar de ser adultos. Tal posición la compartimos con todas las personas de buena voluntad.

En tercer lugar, nuestras palabras educativas no son de (mero) consenso, sino que quieren al menos ser de verdad, aunque el mundo se venga abajo.

Esta Nueva Florencia educativa tiene tres corazones:

- » Un corazón amoroso para dar la mano a los que han menester de nosotros, habitualmente considerados meras «grietas del sistema».
- » Un corazón inteligente para analizar por qué se producen esas pretendidas «grietas del sistema» y cómo podría mejorarse la realidad.
- » Un corazón sociopolítico para trabajar desde la vida pública en las estructuras correctoras, sin retirarse al Aventino.

Y esta Nueva Florencia educativa tiene tres barrios:

- » Un barrio para la plaza pública, allí donde la gente está, allí donde se rigen los destinos de la ciudadanía, con una mirada muy especial y muy atenta a los barrios más pobres.
- » Un barrio para la biblioteca, allí donde la reflexión hace posible el análisis profundo de la ciudad antes visitada.
- » En el caso del creyente, un barrio para el claustro, allí donde el canto y la alabanza se alzan hasta el cielo para que la ciudad humana no se suelte de la mano de la ciudad divina.

Cada uno de estos barrios exige una distinta actitud postural: erguido y cubierto ante el poder, en la plaza pública; sentado y encorvado ante el libro, en la biblioteca; de rodillas e implorante, ante Dios en el claustro.

Cada una de sus calles, por lo demás, se honraría y hermosearía con los nombres de los grandes renacentistas que en el mundo han sido, pues todo educador podría asentir en que personas como Gandhi, Luther King, Juan XXIII, Patricio Lumumba, Nelson Mándela, monseñor Romero, etcétera, son patrimonio de una humanidad educada.

3. PROPUESTA DE ACTIVIDADES PERSONALES PARA EL EDUCADOR

(Guía práctica para el educador)

A) Mira a los ojos de los educandos

Habla con los niños
y no simplemente a los niños.
Escucha lo que tienen que decir.
Respeta sus derechos a ser escuchados.
Ayúdalos a ser ellos mismos.
Y, por encima de todo,
deja que te enseñen lo que quizá tú ya hayas olvidado:
la comprensión, la ingenuidad.

B) Vive lo enseñado

Cualquier educador al margen de los valores enseñados ha renunciado al proyecto de humanidad que hemos ido descubriendo a través de siglos de historia pedagógica. Por tanto, la conducta adecuada con respecto a los valores educativos promovidos por el buen maestro será:

- » Respetarlos, allí donde ya estén incorporados.
- » Defenderlos en aquellas situaciones en que se vean dificultades.
- » Tratar de encarnarlos en aquellos lugares en que no se encuentran incardinados, o donde dominen los valores negativos.
- » Luchar contra nuestra propia torpeza, contra nuestras faltas, contra nuestros antivalores.
- » Dejarnos corregir, y dar las gracias a quienes nos enseñan a ser mejores. La mayor torpeza es no ver el propio disvalor, y además enfadarnos con quien nos corrige por nuestro bien.

C) Todos tenemos limitaciones

Cuidado con la siguiente peligrosa burbuja narcisista, educador. No te creas que siempre:

- » Eres tranquilo e imperturbable. Siempre estás sereno. Nunca pierdes la compostura. Nunca demuestras emociones fuertes. Estás por encima del bien y del mal. Has llegado al último cielo budista.
- » Careces de preferencias y de prejuicios. Todos tus alumnos son iguales a tus ojos. No tienes favoritos.
- » Puedes esconder y escondes con facilidad tus verdaderos sentimientos.
- » Promueves un ambiente estimulante, libre, tranquilo y ordenado a la vez.
- » Eres constante, nunca (des)varías ni demuestras parcialidad, no olvidas nada, ni te sientes bien ni mal. Nunca cometes errores importantes.
- » En el fondo eres más sabio, o más bueno, que los demás mortales.
- » De antemano te sabes todas las respuestas.
- » Apoyas a todos, sin importar los sentimientos, valores o convicciones personales.

D) También tú lo haces mal a veces, pero quieres actuar mejor

He aquí una o muchas de las piedras con que tropezamos y caemos. Con la ayuda de este librito vamos a levantarnos cada vez que así ocurra.

a) Escucha, en lugar de desoír

Pregúntate si eres buen oyente y si los demás te escuchan bastante. La finalidad buscada es la de aprender a escuchar.

Más de una vez dos personas hablan y hablan entre sí, pero no se escuchan, no atienden a las razones ajenas, porque cada cual piensa única y exclusivamente en lo propio.

Evita replicar antes de que el otro termine de hablar. Mientras el otro habla, escúchale; no estés pensando en lo que te va a replicar.

b) Respeta, en lugar de instrumentalizar

Evita sonsacar, disimular, fingir, simular siempre desde el plano superior («él me alaba para que trabaje más, no porque valore el esfuerzo realizado por mí»).

No compadezcas, ni relativices el problema de alguien sin escucharlo: podría entenderse como que no se le quiere comprender. Muchas formas de tranquilizar presuponen que la persona inquieta exagera.

c) Domínate, en lugar de histerizar

No melodramatices. A veces, primero somos severos con amenazas y castigos; si fracasan, nos volvemos amables; al no conseguir nada, razonamos; finalmente, sintiéndonos ridículos, volvemos al punto de partida.

Para que nada falte, podemos también ponernos sentimentalmente chantajistas («me matas con tu proceder»).

d) Con-vence, en lugar de imponer

No te aferres al «principio de autoridad», no lo entiendas autoritariamente siendo duro, impositivo y agresivo para convencer al otro de la propia supremacía, poniendo en duda, interrogando inquisitorialmente: «Dime, ¿con quién te juntas?». La respuesta de la persona interpelada podría ser del mismo signo, pero a la defensiva: «¿Para qué quieres saberlo?».

¡Ordenamos y mandamos tanto! «No me importa si tienes sed o no, siéntate». El hecho de que hayamos hecho callar a alguien no implica que lo hayamos convencido. Mas ¿para qué vencer sin con-vencer? Cuando con-vencemos, vencemos conjuntamente, la victoria se potencia y se comparte, es un verdadero éxito.

Cuando el otro acepta la imposición a que le sometemos, termina inferiorizado, algo que nunca deberíamos permitir. Las personas con sentimientos de insuficiencia personal necesitan depender de otras, sin las cuales ya no saben actuar ni dar un solo paso. La inseguridad emocional es muy propia de la persona dependiente, en cierto modo similar a un niño precisado de tutela, que delega en otros los esfuerzos cuyo ejercicio le tornaría más adulto y fuerte.

No amenaces ni intentes culpa(biliza)r al otro, amedrentarle, hacerle sentir temor. Sacar de quicio, enfurecerse, etc., solo logra resultados contrarios a los propósitos. No da resultado. No grites; los altavoces refuerzan la voz, pero no los argumentos. En lugar de gritar más, trata de mejorar la calidad de estos últimos: convencen más.

e) Premia, en lugar de encizañar

¡Mucho cuidado con las comparaciones, que son odiosas, y lo son porque producen odio! No compares para denigrar a A a costa de B. Casi toda nuestra infelicidad procede de compararnos con los demás, cosa que resulta tan inútil como bañar a un pez.

En lugar de comparar, fomenta los premios comunitarios, siempre sin humillación, con mucho cuidado, sin prescindir del premio que estimula, pero sin premiar suscitando envidia. Un educando que siente que sólo es querido cuando resulta airoso en las comparaciones siempre tendrá problemas relacionales. Cuando a la otra persona se la quiere incondicionalmente, desde su propia situación, sin necesidad de comparaciones, se hace posible la superación de sus rezagos. Aceptar la parte oscura o débil de cada uno de nosotros (incluida la propia) no significa alentar el defecto, sino corregirlo desde la reconciliación de lo que somos.

f) Exige, sin regañar ni sermonear

El regaño suele darse cuando uno está enojado, y en esos momentos se tiende a exagerar el mensaje y a lastimar. Quien sólo sabe machacar, convierte todo en martillo.

Exigir no es sermonear. No moralices, no estés siempre con el «deberías» o el «debes» en la boca, y menos con esa palabra en el corazón. Nuestros alumnos y alumnas no sacan provecho de los sermones que les dirigimos. Cada día demasiado tiempo perdido en lamentar una y otra vez el mal comportamiento ajeno. No permanezcamos en la celda de la hostilidad. Si el hablar de ello con alguien no calma nuestro enfado constante, visitemos a un terapeuta: somos una bomba de tiempo.

Céntrate en lo positivo. Las quejas encaminadas a que el alumno actúe mejor, las peticiones de que haga o deje de hacer algo para que todo salga mejor, son buenas. Pero servirse de los regaños para lograr esos fines resulta contraproducente. Regañar siempre, sermonear continuamente, ¿a qué conduce? A que los demás aprendan a no escuchar, a que por un oído les entre y por otro les salga. Una persona regañada con frecuencia se volverá insensible al regaño, y aceptará que no tiene solución su problema, ya que pase lo que pase todo le saldrá mal en última instancia, con lo que inhibiremos su voluntad de rectificación y de mejora. El regañado se sentirá tont(ísim)o, (super)inútil, mal(ísim)

o, según la variada gama con que se le haya estigmatizado, y perderá la autoestima. Sin ella, no cabe mejora.

Mandar el mensaje, sí; con regaño, no. Incentivando y animando, sí; desalentando y empeorando, no. En lugar de «dar una charla», dar ejemplo de lo que se quiere promover, de lo que se pretende que el otro aprenda, y estableciendo reglas y límites a su conducta.

Evita sermonear, por favor. Los discursos largos cansan, aburren. En vez de sermonear, hacer preguntas que ayuden a llegar a la conclusión que se quiere que la otra persona llegue. Para no andar regañando de mala manera sería recomendable:

- Calmarse antes de hablar.
- Analizar el cómo, el cuándo y el dónde vamos a decir el mensaje.
- Evaluar el costo o beneficio del mensaje que pretendemos enviar (para que no sea peor el remedio que la enfermedad).
- Prevenir: «si comes tantas golosinas, te dolerá el estómago y tendrás que tomar medicinas». De esta forma el niño aprenderá que la acción tiene un costo, y le servirá para hacerse más responsable.
- Proponer mejorar cuando se haya hecho mal.
- Pedir perdón, manifestando a la vez la fuerza del cariño incondicional.

g) Construye, en lugar de burlarte y de herir

A veces criticas sistemáticamente las acciones de quienes se encuentran bajo tu «cuidado», e incluso acentúas el carácter defectuoso de las mismas, llegando a insultar: todo eso es herir.

Hay también ataques sin palabras, a los que el adulto, pero también el niño (asimismo sin palabras) replica haciendo lo prohibido: deja caer las cosas, ensucia el suelo, etc.

Tales actitudes van transmitiéndose de generación en generación, y de esta manera el niño criticado pasará a ser un padre condenador.

En esta lucha nadie gana, aunque aparentemente triunfe el más agresivo, el menos educado, el más altanero o el más ágil para el contraataque. No avergoncemos, no ridiculicemos, no actuemos con sarcasmo, no acentuemos los defectos, no pongamos apodos («¡qué vergüenza!», «¿no te sientes avergonzado?», «¡te portas como un niño!»). No más de esto, por favor.

h) Fomenta el encuentro, en lugar de ignorar al alumno

La indiferencia. Ese silencio tuyo hiere al adulto y al niño. El distanciamiento hace que el niño se sienta no querido: «no me prestan atención, luego no me quieren». A ciertas edades (en realidad ¡nunca!) no se es capaz de comprender que la desatención momentánea no es señal de no merecer nada. Al menos, manifestar al otro que, aunque a veces no tengamos ganas de hablar, eso no quiere decir que sea por falta de cariño o de interés, ni porque estemos enfadados con él.

Cuando el discente cometa alguna acción que no sea de nuestro agrado, lo mejor será hablar con él, en lugar de aplicarle la «ley de hielo».

¿Cuántos momentos o encuentros «de calidad» hemos tenido últimamente como docentes? ¿Procuro liberar para ellos al menos un tiempo de encuentro personal?

E) ¡Recuerda, maestro amigo: el alumno espera como el agua que no desesperes de él!

- » Cuando el adulto es juez, el niño se retrae y no comparte sus sentimientos.
- » Antes de criticar debes ofrecer unas palabras de elogio y de reconocimiento.
- » Conviene tomar las críticas constructivamente cuando sean propositivas, y aprender a desecharlas cuando destructivas. Estas últimas no tendrán un poder sobre nosotros, si nosotros no se lo concedemos. Y nosotros no tenemos por qué concedérselo.
- » Existe siempre un momento propicio para decir a quien(es) nos menosprecia(n) que no nos hable(n) tan desconsideradamente. Comunicémosle(s) que, si decide(n) hablarnos con respeto, y solo si decide(n) hablarnos con respeto, nosotros estamos dispuestos a escucharle(s) gustosamente; de lo contrario, ¡ignorémosle(s), o pidamos ayuda, o cambiemos de tema.
- » La opinión de alguien sobre nosotros no afecta a nuestro valor como seres humanos. Toda persona tiene valor absoluto, aunque haga cosas malas. Por eso podremos cambiar las cosas malas y seguir siendo personas.
- » El otro necesita saber que tú, amigo maestro, no desesperas (Je él; dile con frecuencia «espero de ti»: Si, por alguna razón, un alumno es incapaz de ver el futuro con optimismo, se produce una interrupción inmediata del desarrollo. El ejemplo más grave lo encontramos en el caso de los niños que sufren autismo infantil, consecuencia de su completa incapacidad para imaginar mejora

alguna. Una niña, tras un período prolongado de terapia, surgió finalmente de su total autismo y expresó lo que, según ella, caracterizaba a los padres buenos: «esperan algo de ti». Esto implicaba que sus padres se habían portado mal porque ninguno de ellos había sido capaz de tener esperanza ni de transmitírsela a ella en cuanto a sí misma y a su vida futura en este mundo.

Todo educador que se preocupe por el estado de ánimo de la otra persona sabrá decirle que las cosas cambiarán y que algún día todo le irá mejor.

- » No te dejes anonadar por lo que otros piensen de nosotros. Ellos están demasiado preocupados pensando en lo que nosotros pensamos de ellos.
- » No te comportes como esos perros que se lanzan contra los coches ladrando, sin darse cuenta de que, lejos de hacer daño al vehículo, pueden salir maltrechos.
- » Nunca critiques al discente («eres un desastre»), sino a su comportamiento («te estás comportando mal»). No eres, sino estás. Si le dices eres seguirá siéndolo siempre; si le dices estás, podrá cambiar algún día. Una vez asumida la voz exterior del educador, la voz interior del educando lanza contra sí mismo mensajes negativos («¡soy un imbécil!, ¡no sirvo para nada!»), su confianza en sí mismo puede caer en picado.

FRASES DE ADULTO A NIÑO

- | | |
|------------------------------|-----------------------------|
| • Eres un flojo | Pereza |
| • Siempre deseas molestar | Reiteración de la molestia |
| • Estoy harto de ti | Desamor |
| • Me matas a disgustos | Hostilidad |
| • Eres un mentiroso | Reiteración de la mentira |
| • Ya no te quiero | Desamparo |
| • Aprende de tu hermano | Celos |
| • Cada día te portas peor | Reiteración de la conducta |
| • Lo sabrá papá cuando venga | Miedo |
| • Nunca aprenderás | Desánimo |
| • No sabes estarte quieto | Reiteración del desasosiego |
| • Apártate de mi vista | Desconsuelo |
| • No te va a querer nadie | Desarraigo |

F) Con calma

Establece claramente tus objetivos, procurando en lo posible tomar conciencia de tus intenciones dialógicas más ocultas. Clarifica tu mente con firmeza de

propósito, pues quien tiene las ideas oscuras o confusas organiza su comportamiento conforme a un sistema de amenazas. Define el problema.

Sé cuidadoso con el uso de las palabras. Expresiones como siempre, nunca, todos, ninguno, etc., constituyen una trampa en nuestra forma de plantear el diálogo. Aclaremos también nuestras expresiones: que lo que decimos resulte inteligible para el niño.

No emitas mensajes que dicen una cosa y tienen la intención de informar de otra, por ejemplo, mascullando con cara de pocos amigos que no estoy enojado(-a). Los mensajes dobles o equívocos se utilizan cuando el docente

- » Tiene baja autoestima y se siente mal por decir la verdad
- » Tiene miedo de lastimar los sentimientos ajenos
- » Está preocupado por las represalias de los demás.
- » Teme neuróticamente la ruptura en la relación.
- » No sabe imponerse.

El maestro está obligado a la serenidad. Los alumnos, especialmente los más niños o los más inmaduros, nos enervan a veces con su posición drástica, su terquedad, sus exigencias perentorias: «¡pues yo lo quiero ahora!», «¡pues no lo quiero!».

Si quieres hacer bien las cosas tendrás que dialogar, ofrecer a tus alumnos y alumnas con calma las alternativas, negociar con autocontrol, actuar sin dejarte arrastrar reactivamente por las impresiones del momento. Si es necesario, te morderás un poco la lengua. Duele. Pensemos antes de hablar. No decir: «los alumnos no se responsabilizan»; decir: «estos alumnos dejan los libros en el suelo». Hacer acopio de paciencia, saber esperar. Recordemos que es difícil expresar sentimientos profundos. Quizá mañana brille más el sol, no demos por perdido nada, no digamos por principio: «eso no servirá de nada», «ya lo hicimos antes y no funcionó», «¡otra vez con lo mismo!», etc. No prender la luz para apagarla de inmediato. Tranquilizarse ante lo inevitable, y esperar el cambio propiciando activamente su mejora.

He aquí algunos consejos para favorecer el autocontrol:

- » Mantén una apariencia tranquila ante estímulos que provocan ira y agresividad.

- » Cuando estés enojado, toma una hoja y escribe lo que sientes. Al enfrentar de este modo el problema, ganamos en objetividad y perdemos en acaloramiento.
- » Domina tu lenguaje. Esto te ayudará a frenar el impulso de agresividad.
- » Trata de mantener la cabeza fría.
- » Respira profunda y lentamente; si gritas y te enojas, te involucrarás en más problemas; por otra parte, perderás ante los demás la poca o mucha razón que pudiera asistirte.
- » Verbaliza las razones de tu enojo sin gritar ni ofender.
- » Si todavía te sientes muy enojado, o si la otra persona lo está, no discutas en ese momento; hazlo en el momento en que ambos se hayan tranquilizado.
- » Mientras tanto, canaliza tu emoción en alguna actividad que te permita liberar la energía contenida. Lo difícil es extraer dulzura de lo amargo.
- » Pospón el diálogo si esta vez no vas a tomar las cosas en serio. Ir dispuesto a tomar el diálogo en serio tiene mucho que ver con ir dispuesto a perdonar.

4. PROPUESTA DE ACTIVIDADES GRUPALES PARA EDUCADORES Y EDUCANDOS. OCHO REGLAS DIALÓGICAS

La experiencia nos dice que la educación sin el diálogo no es posible. Durante decenios hemos asistido a frustrantes desencuentros entre educadores y educandos, los cuales hubieran podido evitarse si unos y otros hubiesen aprendido a dialogar. Este es el motivo por el que ahora nos decidimos a recomendar las siguientes ocho reglas para manejar y resolver los conflictos en el aula, aunque estas reglas valen también para cualquier otra circunstancia.

*Regla número uno: **reconoce la igualdad de la otra persona como interlocutora***

Si consideras la argumentación como un procedimiento cooperativo, recuerda que cualquiera puede problematizar cualquier afirmación.

Ayuda al diálogo falibilizar las propias convicciones, sin por eso «cantinflear» con ellas ni entregarse a los brazos del escepticismo. Díganse: «quizá yo esté equivocado y quizá usted tenga razón, pero ambos podemos estar equivocados».

Es bueno detectar los propios errores y ser el primero en manifestarlos; forma parte de la educación tener una actitud autocrítica y honesta hacia nosotros mismos. Si la autocrítica es fundamental, la crítica de los demás nos resulta imprescindible.

*Regla número dos: **conócete a ti mismo***

El autoconocimiento no sólo produce benéficos resultados para uno mismo, sino también para la relación con las demás personas.

Tú también tienes limitaciones, no te obstines en negarlas, porque los demás las ven. Aunque uno se engañe a sí mismo, no puede estar engañando toda la vida a todos. Intransigencia, soberbia, orgullo, etc., impiden el aprendizaje y la enseñan-

za. En cierto sentido, quien es malo tiene dificultades para aprender con facilidad, ya que se lo impide su propio yo. No es una casualidad que los grandes pensadores (Confucio, Sócrates) que han insistido en la importancia del conocimiento de sí mismo hayan insistido también a la vez en la importancia de ser buenas personas.

*Regla número tres: **actúa con inteligencia emocional***

La razón es emotiva, la emoción debe ser controlada racionalmente. La verdad que está en la cabeza, si es fuerte, tiene capacidad expansiva: invade el corazón, y en el corazón se caldea. La idea esclarece, pero no se torna propulsora si no se une a la profundidad afectiva del corazón. Las verdades fundamentales se convierten en realmente vitales cuando se entrafían en el corazón por el afecto.

No se enseña ni se aprende bien con frialdad, pero un acaloramiento excesivo tampoco es buen consejero.

*Regla número cuatro: **sé auténtico, no manipulador***

La persona auténtica es idéntica consigo misma, no aparenta, vive congruentemente lo que dice y lo que hace. Por ser de una pieza no se engaña a sí misma, ni engaña a nadie.

Por eso es posible un clima de confianza.

*Regla número cinco: **en lugar de «mensajes-tú», utiliza «mensajes-yo»***

En la grosería y en los malos modos se oculta un débil y un cobarde. Él suele utilizar «mensajes-tú»: «deja de molestarme», «así no vas a llegar a ninguna parte», «contigo no se puede hablar». El resultado de estos mensajes es que:

- » Dado mi enojo o agresividad no soy capaz de mostrarte mis verdaderos sentimientos.
- » No te ayudo a cambiar de comportamiento si no te hago saber las consecuencias que dicho comportamiento me acarrea.
- » Te causaré un escozor innecesario.

En lugar de eso, utiliza los «mensajes-yo», aquellos que en forma positiva ponen de manifiesto lo negativo y, sin decir lo que debería hacer la otra persona para resolverlo, le damos de forma no autoritaria y sin amenazas la oportunidad de que me ayude: «hay demasiado ruido y no puedo leer», «me siento aturrido y frustrado por este criterio». De este modo:

- » Evito herirte descargando mis nervios sobre ti.
- » Describo tu comportamiento poniendo de relieve la causa de mi propia preocupación y problema.
- » Señalo el efecto real y concreto de tu actuación sobre mí.
- » Indico cuál es la actitud que deseo adoptes tú.
- » Asumo la propia responsabilidad sin echar culpas a nadie, reconociendo mis propios límites, e incluso la posibilidad de automodificación.
- » Convierto en positiva la relación.

*Regla número seis: **escucha empáticamente***

Como humanas que somos, las personas tenemos una serie de prejuicios, carencias, bloqueos afectivos, etc. Por eso hemos de escuchar, pero no solo las palabras de nuestro interlocutor, sino también a él mismo, entreviendo lo que hay detrás.

Escuchemos, pues, de forma positiva y constructiva, es decir, con respeto, lo que nos manifiesta, distinguiendo entre las palabras y el significado de las mismas, sabiendo leer a la vez el tono, el timbre y el ritmo del interlocutor, considerando sus claves no verbales (posturas, gestos, movimientos) y teniendo paciencia. En definitiva, se trata de intentar ponerse en los zapatos del otro para entenderle mejor.

*Regla número siete: **actúa con asertividad***

El diálogo no debe evitar la firmeza cuando estamos seguros de algo y lo otro no nos parece razonable.

La actitud firme, sin embargo, ha de ser educada.

*Regla número ocho: **nosotros somos más grandes que nuestras dificultades y fracasos***

El hecho de que pese, a todo, el problema subsista y no sepamos resolverlo no significa que no tengamos valor como personas, no mezclemos nuestros problemas con el incondicional valor de todas y cada una de las personas.

Por mal que vayan las cosas, por una o muchas puertas que hayan quedado cerradas, eso no significa que renunciemos a abrir las puertas.

5. BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL TEMA

Díaz, C.: Soy amado, luego existo. Volumen I. Yo y tú. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999.

—: Soy amado, luego existo. Volumen II: Yo valgo, nosotros valemos. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999.

—: Soy amado, luego existo. Volumen III: Tú enseñas, yo aprendo. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999.

—: Soy amado, luego existo. Volumen IV: Su justicia para quienes guardan su alianza. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999.

En esta tetralogía se resume buena parte de mi humilde, aunque laboriosa reflexión como educador en los últimos treinta años. Tendría la ventaja de formar un sistema, en cuyo interior lo educativo ocupa un momento privilegiado (volumen III), pero un momento no aislado, sino articulado dentro de un marco reflexivo, el cual está pensado en su totalidad pedagógicamente. No conozco en el mercado una oferta similar a ésta, cuya perspectiva de fondo es la del personalismo comunitario.

Díaz, C.: Diez palabras clave para educar en valores. Ed. Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 1998 (9ª edición, 1999).

La buena acogida que está dispensándosele a este librito de bolsillo quizá se deba a la facilidad de su lectura, y a que contiene un método concreto para educar en valores según el saber, querer, poder, esperar.

Díaz, C.: A pie de escuela, BAC, Madrid, 1999.

Se trata de una reflexión sobre la identidad del maestro en el contexto de la crisis de valores contemporánea.

Díaz, C.: Educar para una democracia moral. Castilla Ediciones, Valladolid, 1997.

Este libro puede servir especialmente a los docentes de enseñanza primaria y secundaria interesados en la educación transversal de valores.

Díaz, C.: Sociedad, cultura y religión. Ed. Santillana (tres volúmenes), Madrid, 1999.

Los volúmenes I y II están destinados a los alumnos de tercero y cuarto de ESO, y el III a los de primero de Bachillerato.

Fuera de España, y por tanto difíciles de encontrar, pueden leerse también:

Díaz, C.: Educación en valores. Editorial Trillas, México, 1999.

Se trata de seis volúmenes para alumnos de seis a doce años, más un séptimo para padres y educadores alusivo a los anteriores.

Díaz, C.: Educar para la responsabilidad ética. UNPF, México, 1997.

Libro editado y recomendado por la Unión Nacional de Padres de México.

Díaz, C.: He visto la luna en mi escuela. Durango, México, 1997.

—: Valor y virtud del maestro. SEP Durango, México, 1988.

Libro editado para la formación de Maestros en el Estado de Durango (México), y para la de nuestros valiosos hermanos del Instituto Emmanuel Mounier en dicho Estado de Durango.

(Otros libros nuestros ya agotados y que complementan lo aquí escrito son:

Memoria y deseo. Oficio de enseñar y pasión por el hombre. Ed. Sal Terrae, Santander, 1983.

Tiempo para jóvenes maestros de jóvenes. Ed. PPC, Madrid, 1983. Profesores verdaderos y profesores falsos. Ed. San Pío X, Madrid, 1983. Educar en la utopía. Editorial CCS, Madrid, 1989.

El valor de ser maestro. Ed. ACC, Madrid, 1990.